

Sofía de mis sueños

Javier Bravo

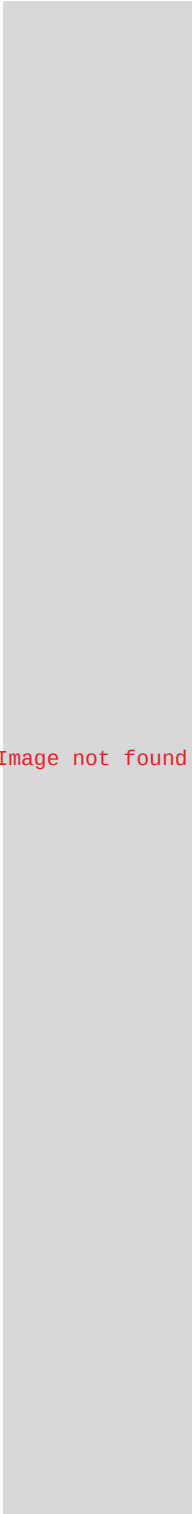


Image not found.

Capítulo 1

Su cabello largo y claro oscilaba gracias al viento de otoño, y terminaba obligándole a tomárselo con un broche. Cuánto adoraba que hiciera eso. Tanto como adoraba verla reír a carcajadas cuando charlaba con sus amigas en el recreo, o caminar lenta y armoniosamente abrazando un montón de carpetas que contenían sus documentos de estudio, con destino al paradero del autobús.

Era la chica de mis sueños, alta y delgada, hermosa como atardecer en el océano. Años llevaba apreciando su belleza, dulzura y alegría. Años llevaba esperando a que se le cayera una de sus carpetas para ayudarla a recogerla, o a tropezarse y antes de caer de bruces al piso salvarla en el momento justo. Pero tales cosas están destinadas para que ocurran solo en las películas, y así lo comprobé después de cierto tiempo.

Ella estudiaba Fonoaudiología, tercer año. Tenía dos amigas con las que iba a todas partes. A veces su padre le daba un aventón a la universidad, y cuando no, tomaba el bus 801 en el mismo paradero donde lo esperaba yo. Por las noches la contemplaba desde mi ventana, que quedaba frente a la suya, mientras cepillaba su pelo castaño brillante y liso antes de irse a la cama.

¿Deduces que soy una especie de psicópata al saber todas esas cosas de ella? Probablemente lo sea, pero en el buen sentido creo yo. No tengo intenciones de raptarla y violarla en un sitio abandonado en las afueras de la ciudad, para nada, y den por sentado que nunca las tendré. ¡Si ni siquiera he perdido mi virginidad y ya he alcanzado las veinte primaveras! Tampoco he tenido una relación con alguna chica para poder tener la chance de intentarlo al menos. No, no lo haría nunca.

Quizás esté un poco trastornado, pero solo por el amor que siento hacia ella. Ha sido mi vecina por muchos años, y no he tenido el valor ni siquiera de mirarla para darle un saludo de buenos días. Soy un cobarde y siempre lo he sido. Es por eso que el único recuerdo alegre que guardo sobre relaciones con chicas es un beso bajo la lluvia que le robé a una compañera del colegio, que después de marcar su palma en mi mejilla izquierda con furia, no quiso verme nunca más.

No tenía las agallas para hablarle, tampoco para acercarme. Sólo me conformaba con contemplarla desde lejos, mientras desarrollaba su vida sin notar que yo existía. Se llamaba Sofía, y era el amor de mi vida.

Yo estudiaba Ingeniería Comercial, cursando cuarto año, y en el primer semestre nos daban la opción de tomar una asignatura electiva de cualquier índole, para cumplir con los créditos necesarios para pasar al siguiente. Decidí tomar voleibol, arrastrado por la idea de mi gran amigo

Matías, que estaba vuelto loco por ver a las chicas saltar en calzas apretadas para alcanzar el balón en las alturas. Claro, muy agradable era ver ese tipo de cosas, pero mi percepción de esas imágenes no era tan depravada como la de él. La mayor parte del tiempo hablaba de mujeres, de tipos de culos, de como le gustaría tener a algunas de mis compañeras en su cama para darles placer, etc. Total proxeneta. Pero era mi amigo, el único que creía tener.

Resultó ser que cuando llegó el día para asistir a la primera clase de voleibol, entrando al gimnasio el corazón comenzó a galopar de forma alocada dentro de mi pecho. Ella, Sofía, estaba ahí. Haría el electivo conmigo, ¡todo un semestre!. ¿Buena noticia?, pues claro que sí, pero por otro lado me obligaba a no hacer el ridículo y hacerme notar frente a ella. Sería un largo semestre.

Mis habilidades en los deportes siempre fueron limitadas, y para éste en particular no era la excepción. En los ejercicios de golpear el balón con ambas manos tomadas, el dolor del golpe me llegaba hasta los codos, pero como estaba ella cerca de mí no podía gritar como una niña, aunque quisiera hacerlo. Ya después de un rato de práctica se hacía más natural, y el dolor cedía. Por su parte ella parecía manejar las bases de ese deporte, ya que arrojaba con naturalidad el balón al cielo para ponerlo en juego de un salto, y se movía con destreza dentro de la cancha.

Había un periodo de la clase en donde hacíamos partidos de entrenamiento, distribuyendo al curso entero en cuatro equipos. Se jugaban dos compromisos de quince minutos cada uno, y yo quedaba la mayoría de las veces para el segundo. Ella en el primero. Era ahí donde la contemplaba mientras jugaba, brillando con luces propias sin esconder ninguna pizca de belleza y sensualidad. Era la mujer perfecta, claro que sí.

Terminó el periodo de los primeros equipos y era mi turno de poner en práctica lo aprendido. Era recién la segunda clase del ramo, y había dedicado más tiempo a observarla a ella que a practicar mis tiros. Entramos a la cancha y me ubiqué en el lado derecho cerca de la malla. En el momento en que sonó el pito del profesor para iniciar el juego supe que algo andaría mal. Siempre algo salía mal en mi vida, pasaba a menudo y ya me había acostumbrado a ello. Esa era una de las razones por las cuales nunca me quedaba con la chica.

Un compañero del equipo contrario fue a rematar junto a la malla una pelota corta lanzada por Matías y traté de bloquear el remate tal y como me enseñaron en la primera clase. No dio resultado alguno, y la pelota terminó estrellándose en todo mi rostro con violencia extrema. Caí al suelo con los ojos cerrados, y entre el aturdimiento escuché risas en abundancia. Traté de ponerme de rodillas y abrir los ojos con mucha

dificultad, y el profesor se acercó a levantarme tomándome de un brazo.

— Muy bien Nicolás, creo que hay tiempo de descanso para ti amigo. Eso dolerá por un buen rato —me ubicó en una de las bancas del costado de la cancha, sin lograr aún recuperar la vista clara por completo—.

Abrí al fin mis ojos, y sentía agujas por miles clavándome en todo el rostro que dolían como un demonio. Fue entonces cuando escuché una dulce voz a mi costado derecho.

— ¿Estás bien Nicolás?

Mi corazón se revolucionó en un palpitar a toda marcha. Esa voz, que jamás la había escuchado en mi vida, me era bastante familiar.

Giré mi cabeza hacia donde se originaba la voz, y la vi. Era Sofía.

— Si... si.... mucho... —fue lo único que logré responder después de que mi cuerpo comenzara a temblar por completo de nerviosismo—.

— Acá tengo mi botella de agua que está bien helada, para que te la coloques en la cara. Te hará bien.

Tomé la botella mientras me arrojaba una sonrisa adorable. La coloque en mi mejilla derecha, después en la izquierda, y el dolor fue cediendo. Mientras lo hacía, la miraba de reojo, pero no lograba continuar la conversación. Maldita timidez. Ella contemplaba el partido, y doy por seguro que también se encontraba un tanto nerviosa, notándolo por el movimiento repetitivo de su pie derecho.

— ¿Disculpa, cuál es tu nombre? —logré decirle al fin, aunque sabía mejor que nadie como se llamaba—.

— Sofía. Mucho gusto. Yo ya me sé el tuyo, desde hace mucho tiempo la verdad. Eres mi vecino del frente, ¿no es así?.

Sabía mi nombre, sabía donde vivía, pero más importante aun, notaba mi presencia. Y yo que imaginaba que ni siquiera sabía de mi existencia. Una diminuta ilusión y optimismo comenzó a crecer dentro de mí, mientras el dolor se disipaba.

— Así es. Mucho tiempo llevo viviendo por esos lados. — Me retiré la botella de la cara—. Creo que tu agua ahora esta tibia, lo siento. ¿Te consigo otra?

— No te preocupes, no tengo sed. ¿Te ayudó en algo?

— Mucho —dije dando un suspiro—. Gracias.

Comenzó a mirarme de forma prolongada y a emitir una sonrisa inmensa y radiante.

— De nada. Aunque tu cara de tomate costará que desaparezca —lanzó una leve carcajada al final—.

Me lamenté, pero reí junto a ella. Era felicidad plena la que estaba experimentando en esos momentos.

Después de eso el profesor se acercó y me preguntó si estaba listo para retomar la practica, a lo que respondí afirmando con la cabeza. Me puse de pie y la contemple una última vez.

— Nos vemos Sofía. Un gusto.

— Dalo por hecho, niño tomate.

Le sonreí y di media vuelta. Puse mi mayor esfuerzo en dirigirme a la cancha de la manera más galante de caminar que podía falsificar. Mi pecho explotaba de lo inflado que estaba. Inflado de amor.

Había pasado cerca de un mes desde nuestro primer encuentro formal en el electivo de voleibol, del que ya conoces todos los detalles. Después de ese accidentado pero fabuloso día, nos saludábamos siempre que nos topábamos en los pasillos del campus, o frente a nuestras casas las veces que salía hacia la universidad o a comprar al almacén de la esquina.

No se dieron las instancias para poder entablar nuevas conversaciones hasta recién tres días antes de la ansiada cita. Fue la noche del martes, conectado a Facebook mientras estudiaba para un certamen de Administración, que decidí agregarla a mis amigos. Tres semanas y media estuve viendo su perfil, deseoso de poder presionar el botón derecho del mouse sobre *Agregar a mis amigos*. Llegué a pensar que posiblemente ella lo haría, pero la larga espera me dijo todo lo contrario. Al momento de agregarla, aceptó de inmediato mi solicitud, y para no mostrarme tan evidente con ella, esperé unas cuantas horas para hablarle mediante chat. La conversación por suerte fluyó de forma fantástica, y perdí horas sagradas destinadas al estudio charlando con ella. Me contó que le encantaban los gatos y tenía uno pequeño llamado *Pepe*, y que odiaba las hamburguesas. Sí le encantaban las pizzas, y tenía muchas ganas de comer una. Fue ahí donde, armándome de un valor que creía inexistente, la invité a la Pizzería Donatello el viernes después de clases, a lo que

respondió afirmativamente.

La chica de mis sueños aceptaba ir a la primera cita conmigo.

El día antes de juntarme con ella decidí pasar después de las clases de Cálculo al centro comercial, para comprar con mis ahorros una tenuta nueva de ropa. En mi armario sólo abundaban camisetas con estampas de superhéroes o videojuegos, y las no tan infantiles, que eran pocas, estaban bastante deterioradas. Tenía que conseguir la mejor prenda si quería intentar cautivar a tan bella mujer.

Después de haber elegido unas prendas bien elegantes, llegué a casa y me fui a la cama temprano, con el solo objetivo de que rápidamente asomara su nariz el día siguiente, ya que sería una jornada inolvidable. Dormí como un bebé.

El día tan esperado había llegado. Ella salía a las seis y media de la tarde de sus clases y yo las había terminado a las cuatro. Fui corriendo a la casa a tomarme una ducha corta y a bañarme en mi colonia *Eminence*. Corté las etiquetas de la camisa y el pantalón nuevos antes de colocármelos. Ya en camino por el pasillo de la casa para salir a tomar el autobús, mi madre, con ojos de sorpresa me contempló de pies a cabeza levantándose del sofá.

— ¿Para donde va mi pequeño tan bien arreglado? —preguntó con una sonrisa de madre sintiendo ternura por su hijo—.

— Voy a una cita mamá —dije con voz algo nerviosa—.

— ¿Una cita? Que maravilla hijo, debe de ser hermosa ella. Para la próxima vez podrías invitarla a la casa a tomar once —mientras decía lo último me arregló el cuello de la camisa—.

— ¡Como crees mamá, si recién es la primera cita! Y no tenemos nada. Por ahora.

Emitió una sonrisa aun mas grande, y levantó ambas cejas reiteradas veces.

— Bueno, estoy segura que la dejarás muy impresionada y te irá excelente. ¿Llevas dinero?.

— Si mamá. Nos vemos. ¡Deséame suerte!

Le di un beso en la mejilla, y ella me abrazó efusivamente.

— ¡Éxito hijo! Ojalá seas correspondido mi vida. Te quiero.

— Y yo a ti.

Salí por la puerta y caminé hacia el paradero de la locomoción. Aún recordaba los ojos de emoción de mi madre mientras se despedía. Yo era lo único que le quedaba en su vida después del fallecimiento de mi padre, y estoy seguro que espera tener con ansias una nuera maravillosa. Recuerdo que un día me preguntó si realmente me gustaban las mujeres, o “jugaba para el otro equipo”. Al dejarle en claro insistentemente que sí me gustaban las chicas, me preguntó por qué no había visto a ninguna cruzar por su puerta para conocerla. No lo había hecho puesto que nunca había existido alguna en mi vida. Esperaba que ahora sí llegara a conocer a una, la más hermosa del universo.

Eran las seis y cincuenta de la tarde, y aun seguía esperándola afuera de la facultad de Fonoaudiología. Se había retrasado cerca de treinta minutos, y un miedo empezó a abor dame poco a poco. Mis ilusiones de que esta vez sería distinto que otras múltiples ocasiones comenzaban a desaparecer. Fue faltando cinco minutos para las siete que las recuperé al verla salir del aula 13 con sus apuntes entre los brazos. Pero al visualizarla noté que algo andaba mal, ya que iba cabizbaja, solitaria y caminando lento mirando a sus pies avanzar.

De inmediato imaginé que se haría la desentendida, como si no estuviese ahí parado con la camisa azul a cuadros y jeans claro, y se iría dejándome solo, sin cita, sin pizza, sin nada. Pero a metros de mí levantó la vista, y arrojó una sonrisa forzada. Tenía los ojos vidriosos, a punto de derramar lágrimas a través de sus mejillas.

— Hola niño tomate —me dijo con una voz quebrada—.

— Hola Sofía. ¿Estás bien?

— Creo que cuando me devore esa pizza que me prometiste lo estaré.

Y la sonrisa que esbozó después de decir eso ya no fue forzada, sino natural. La mía acababa de aparecer.

— En marcha entonces —le dije, tratando de convencerme de que todo estaba bien y saldría mejor aún, pero no lo logré—.

Salimos del campus de la universidad, y caminamos varias cuadras en dirección a la pizzería que se encontraba en la avenida Ecuador. En el trayecto ella iba muy silente, y yo no podía tratar de sacarle alguna palabra. Sabía que algo malo ocurría con ella, y me dolía el corazón verla

tan triste.

— Creo que nos faltan varias cuerdas para llegar a destino, y no puedo esperar hasta que te devores un trozo de ella para que hables una palabra.

Me miró con lástima, y después agachó la cabeza.

— Lo sé Nicolás. Quisiera contarte lo que me pasó, pero no me gustaría involucrarte en esto.

— ¿Involucrarme en qué?

— Entre mi novio y yo.

Probablemente estaría emparejada con el chico más popular o lindo de la universidad, el capitán del equipo de rugby o el mejor actor del taller de teatro. Pues no anduve lejos de mis deducciones, y lo comprobé cuando le hice la pregunta obvia.

— ¿Quién es tu novio?

— Enzo. Enzo Rivas. Imagino lo conoces.

Claro que lo conocía. Nada mas ni nada menos que el multifacético estúpido que jugaba en la selección de cada deporte que tenía la universidad. Era alto y fornido, fanático por el gimnasio dado por los aburridos estados de Facebook avisando todos los días que estaba entrenando. ¿A quién le importaba que hiciera mil pesas al día y sacara brazos de oso y pectorales de Arnold Schwarzenegger? A mi no, y sabiendo que me había quitado a mi chica, menos todavía.

El mejor apodo con la que puedo identificar a este tipo es "*cabeza de músculo*", y no lo digo por la envidia de que esté con Sofía, sino porque así era realmente. Entró a la universidad sacando 400 puntos en la Prueba de Selección Universitaria, pero con su gran beca deportiva logró matricularse en Ingeniería Comercial. Si, era mi maldito compañero de curso.

Esperen un momento. ¿Dije "quitado a mi chica"? ¡Pero si jamás fue mía! Lo imbécil y tímido jamás me dio la opción, y cuando por fin la tuve no podría tenerla.

Afirmé que lo conocía, y después me contó lo sucedido.

— Mi amiga Marcela —comenzó— me invitó a su *baby shower* en su departamento. Estaban varias amigas invitadas, y yo era una de las que estaba organizando una sorpresa que le daríamos a ella para cuando lo

celebrara. Juntamos dinero y le compramos una cuna muy bonita. Le gustó tanto que se emocionó hasta las lágrimas. Yo llegué a eso de las cinco de la tarde allá, y no pretendía quedarme más allá de las once, ya que tenía clases de Bioestadística al otro día temprano. Lo que pasó en medio de la fiesta fue que me quedé sin batería en el teléfono, y nadie andaba con un cargador de iPhone, por lo que finalmente se apagó después de un rato. No le di mayor importancia, y esperé a llegar a la casa para cargarlo. Pero justo en el momento en que lo tenía apagado Enzo me llamó reiteradas veces, o mejor dicho demasiadas veces, y me mandó múltiples mensajes en *Whatsapp* para preguntarme dónde y cómo estaba. Por supuesto que se irritó al no contestarle, y se imaginó lo peor.

“Fue cuando llegué a mi casa, a eso de las once y cuarto, que veo su auto estacionado fuera de ella. Me acerqué a la ventanilla del conductor para preguntarle que hacía ahí. Abrió la puerta raudamente y comenzó a gritar de forma intimidante en plena calle. “¡Dime de inmediato con quien andabas! ¡Dime quien es el idiota con el que me estás engañando!” fueron una de las frases que más recuerdo. Estaba enfurecido, fuera de sí, descontrolado, tanto así que comenzó a empujarme y tomarme fuertemente de los brazos, exigiendo una respuesta. Yo, desconcertada y sin tener una respuesta puesto que no la había, le pedí que se fuera y que necesitaba dejar de pensar que lo estaba engañando con otro tipo, ya que no lo había hecho ni tampoco tenía pensado hacerlo. Sin convencerse de lo que había escuchado se subió a su auto, hizo andar el motor, y antes de partir haciendo silbar exageradamente los neumáticos, me gritó por la ventana “Más te vale que no lo hagas Sofía, porque perderás mucho al estar sin mí”. Desde ese momento que no he hablado más con él.”

¿Perder mucho sin él? Pero que bobadas las que dice este tipo. Ya está perdiendo mucho Sofía al estar al lado de un individuo con el cerebro más pequeño que el de una perdiz.

— ¿De qué te ríes? —me preguntó—.

— Me causó mucha risa eso último que te dijo —le dije sin poder borrarla de mi cara—.

— El es muy tierno y caballero conmigo. Quizás tenga razón en eso que me dijo. Debí andar trayendo mi cargador en la mochila.

Al parecer bastante fuerte son los hechizos de amor que arrojan unos músculos aparatosos y el exceso de batidos de proteína de este tipo. ¿Como podría pensar algo así Sofía? Existían muchos mejores tipos que él, y claramente no perdería absolutamente nada al dejarlo.

— Si tú lo dices —esbocé con resignación—.

— Bueno olvidémonos de eso por el momento. Tengo un hambre feroz.

Finalmente llegamos a la pizzería, y después de hacer una fila interminable ella ordenó una con extra queso, aceitunas y choclo. Yo una con pepperoni, jamón y tocino.

— Parece que la cantidad de grasa de estas cosas te trae sin cuidado —me dijo—. Ni siquiera la pediste con tomate. ¿Miedo de comerte a un miembro de tu familia? —elaboró una sonrisa inocente al finalizar—.

— Parece que vamos a tener que matricularte en clases de chistes. Lo siento Sofía, son muy aburridos los tuyos.

Hizo una mueca de reproche y cruzó los brazos. Después no pudo contener la risa. Estábamos disfrutando el momento, y eso sucedió solo por dos cosas: ella quería olvidarse por un momento de su “fabuloso” novio, y yo había decidido aprovechar la instancia de estar con ella, a pesar de mi gran desilusión al enterarme que tenía en una relación con Enzo.

Nos devoramos cada uno su pizza, y hablamos de nuestros gustos, intereses, planes a futuro, etc. Me agradó demasiado, y cada vez que veía sus labios elaborar cada palabra y sus ojos moverse de forma excéntrica cuando relataba sus aventuras con extrema alegría, mis ganas de estar junto a ella por el resto de los días se hacía más intensa.

Por un momento, mientras me contaba sobre un día en que salieron de paseo con su familia a la playa y encontró un lobo marino varado en la orilla, al parecer herido en una de sus aletas, —ni siquiera recuerdo cómo llegamos a hablar de eso— me extravié en el brillo de sus ojos claros como el cielo, y me sentí hipnotizado por la profundidad de ellos. Emitían mucha sinceridad y sencillez. Tanto me perdí en ellos, que no noté cuando los desvió extremadamente abiertos a un lado, y se echó hacia atrás botando la silla en la que se encontraba.

— ¡¿Qué haces aquí?!

Fue lo último le escuché decir antes de tener la oportunidad de darme vuelta para ver a quién le exclamaba eso. Sentí unas manos gigantes que me tomaron de los hombros y me lanzaron por los aires sobre una mesa vacía que se encontraba en el fondo del local. Caí al otro lado de ella un poco aturdido, pero logré levantarme de inmediato. Rearmándome, el corazón comenzó a galopar con furia en mi pecho, y sentí un miedo tremendo en el momento en el que reconocí al individuo que me lanzó. Enzo.

Sofía se acercó raudamente hacia él, y tomándolo de la camiseta le pedía

que me dejara en paz.

— No seas estúpido Enzo. El no tiene nada conmigo, solo somos amigos.

— ¿Amigos? ¡Jamás te he visto con este perdedor! —le respondió con vehemencia muy cerca de la cara. Después se dirigió hacia mí—. Parece que no eres tan estúpido como pareces ser en la universidad, ¿no?.

Traté de armarme de valor para lo que estaba sucediendo. Intenté recordar alguna historia en la que un tipo débil le hace frente a alguien poderoso. ¿David y Goliat, pensarían ustedes? Pues claro que sí. Era la comparación más gráfica y parecida a lo que estaba a punto de suceder. Si se podía extrapolar a esto, entonces tendría que conseguirme una honda para arrojarle la piedra que lo derrotaría.

— ¿Crees que soy imbécil? —continuó—. Sabía que andabas en algo como esto, maldita perra. Tenía que haberle hecho caso a los chicos del equipo de fútbol cuando me lo dijeron.

Vi a Sofía quebrar en llanto y taparse la cara con sus manos, sentándose en el piso. ¿Qué mas podía hacer? Sabía que el tipo me mataría a golpes y ella nada podría hacer. Entonces nació una valentía desconocida, fuerte y atrevida, que me ayudó a lanzar finalmente la piedra. Pero no era una cualquiera. Ésta, era una piedra suicida.

— Enzo —aclaré mi garganta—. Ella no cree que eres un imbécil, todos lo creemos cabeza hueca.

Y observé sus ojos como se encendían de furia, como si estallaran después de yo haber presionado el interruptor que los activara para detonarse. Una vena se marcó en su frente y forjó una mueca de una rabia poderosa, imponente e inquietante.

Finalmente, como un león salvaje que se lanza hacia su presa, se abalanzó sobre mí.

El reloj Casio de mi pulsera ya marcaba cerca de las 6 de la tarde y el horario de visitas del hospital casi llegaba a su fin. Aún no lograba verla, ya que sus padres no me permitían hacerlo. Llevaba cerca de 5 días en coma hospitalizada en la Unidad de Cuidados Intensivos. Aun aborrezco aquel día en que Enzo, envuelto en una furia descontrolada, azotó su cabeza contra la pared de concreto de la pizzería.

Las cosas por nada del mundo sucedieron de la forma que idealicé. De hecho no estuvo jamás dentro de las opciones que apareciera el novio de Sofía para intentar darme una paliza. Había imaginado de muchas otras

formas cómo saldría la cita con ella: disfrutaríamos nuestras pizzas y después caminaríamos hasta la plaza más cercana para conversar de la vida y de a poco acercarnos cada vez más, para finalmente coronar la tarde con un beso apasionado. O también me lo imagine haciendo todo eso descrito anteriormente, pero antes de que intentara robarle el beso recibir una bofetada y quedarme sólo con el repudio de ella por haber sobrepasado el límite. Nada de eso sucedió.

Cuando Enzo se abalanzó sobre mí para desatar todo su enojo, logré esquivar cual Rocky Balboa un par de aquellos puños que silbaban al cortar el viento, pero un rodillazo en pleno vientre terminó por cortar la racha de buenos reflejos. Con la misma rodilla impactó mi nariz, la que estalló en sangre y generó un dolor demasiado intenso para soportarlo sin perder de vista al sujeto. De ahí en adelante él continuó con sus azotes, arrojándome al suelo y montándose sobre mí. Alrededor de cinco puñetazos dieron contra ambos lados de mi rostro, dejándome bastante a mal traer y cargando totalmente la balanza a su favor (aunque no creo que en algún momento haya estado balanceada). Ya cuando veía venir el sexto impacto, que presentía se asemejaría a un camión arrollándome a toda velocidad, vi la silueta de Sofía abalanzarse sobre Enzo para detenerlo. Le tomó del brazo con el que me propinaría el golpe, y el maldito, nublado completamente por su enojo, no encontró mejor opción que tomarla de la cabellera y lanzarla a un costado con fuerza desmedida. Fue ahí donde la pobre Sofía no logró detenerse antes de encontrarse contra la pared a la que su cabeza impactó con brutalidad. Cayo inconsciente en el piso y jamás logró despertar.

Lo peor de todo fue que el hijo de perra de su novio ni cuenta se dio, y sólo se dedicó a continuar con su labor de darme la paliza que jamás olvidaré. Dos costillas rotas, la nariz fracturada y múltiples hematomas en el rostro, cabeza y abdomen, fue el saldo que dejó la rencilla para mí. Para Enzo nada más ni nada menos que prisión preventiva por homicidio frustrado contra su novia. Pero todas esas consecuencias no se comparan con lo sucedido a Sofía.

¿Que si me siento culpable de lo que le pasó a ella? No cabe la menor duda que sí. Lo soy. Si no hubiese aparecido en su vida, si no me hubiese pasado su botella de agua para colocármela en mi rostro en dolor después de recibir el pelotazo, y si no la hubiese agregado a Facebook para hablar por chat y terminar invitándola a comer pizza esa noche, ella estaría bien, a salvo. Quizás seguiría con un novio cabeza hueca que la celaba demasiado, pero estaría sana.

Finalmente el pitido de mi reloj de pulsera marcó las siete de la tarde, y el guardia que controlaba el ingreso de las visitas anunció en voz alta que se acababa el periodo. No tuve mas remedio que regresar a casa sin poder

verla de nuevo.

¿Será toda mi vida así, fracasando cada vez que intente buscar una relación sana con una mujer? ¿Lograré encontrar la felicidad alguna vez? ¿Encontraré alguna vez en esta maldita vida una chica que quiera estar conmigo, tal y como soy? Muchas preguntas me hice esa noche sentado en el borde de mi cama, mientras la soledad inundaba cada rincón de la casa a oscuras. ¿Acaso Sofía recordaría mi nombre al despertar, si es que logra hacerlo? ¿Tendrá la necesidad de buscarme una vez que esté recuperada? Gracias a mi optimismo fantástico, doy por sentado que nunca más estará en su mente la existencia de Nicolás Arredondo. Si, eso pasará.

Con la convicción de un amor perdido, y el corazón destrozado en mil pedazos, decidí tomar un puñado de las pastillas ansiolíticas de mi madre e ingerirlas con un vaso de cerveza. Lloré a mares mientras lo hacía, y no lograba quitarme de la mente su cabeza azotando esa muralla, y la forma en que había acabado todo. Sentía que mi mano también había ayudado a que su rostro colisionara violentamente el concreto, por el solo hecho de haberla invitado a comer una pizza. De haberla buscado, de haberme azotado el rostro contra la pelota de voleibol y ella pasarme su botella.

— Nicolás... Nicolás...

Era ella. Sofía gritaba desde un campo sembrado de orquídeas, su flor favorita. Agitaba la mano en lo más alto de un montículo de tierra, solitaria. Estaba radiante, con un vestido negro y un velo del mismo color. ¿Se estaba despidiendo? ¿Estaba vestida así por mi funeral? ¿Me encontraba muerto? Pues si estaba en el paraíso, ella sería todo lo que necesitaba. Después su imagen, tan bella y esplendorosa, se fue desvaneciendo poco a poco hasta desaparecer, y las flores se marchitaron hasta caer secas en el terreno árido que las sostenía. Entonces comencé a caer en un foso infinito, oscuro y frío como el hielo, silencioso como el espacio. Volví a escuchar mi nombre, que se repetía una y otra vez con una tonalidad dulce y agradable. Era su voz, que nuevamente me llamaba. Decidí aferrarme a aquello, y resistir a caer en dicho agujero negro y tenebroso.

Fue en ese momento, donde todo lo que era tinieblas y miedo se volvió blanco como la nieve, y el fondo del foso se tornó luminoso como el sol del amanecer. Decidí que quería ir a ese brillante lugar, y dejé que la caída veloz y sin posibilidad de aterrizaje me llevara donde quiera que mi destino estuviese.

Abrí los ojos lentamente, y lo primero que vi fue a mi madre, con sus ojos enrojecidos e inflamados, derramando lágrimas como ríos caudalosos por

sus pálidas mejillas.

— ¡¿Hijo por Dios, estás bien, estás bien?!

Tomaba mi mano de forma apretada, y la besaba constantemente. Ya cuando logré abrir los ojos por completo y conectarme en donde me encontraba, le respondí.

— Perdóname madre. Perdóname —y rompí también en un llanto feroz, que aclamaba a gritos por salir desde mi interior—.

Fui llevado a la Unidad de Cuidados Intermedios, para observación y tratamiento médico en el mismo hospital en donde se encontraba Sofía. El lavado intestinal, sumado a medicamentos antidotos para neutralizar las pastillas dieron resultados positivos, y los efectos desastrosos que podían haber provocado fueron parciales.

Ya al segundo día había recuperado la conciencia casi por completo, y me encontraba solo en la habitación. Era de noche. Mi madre, más tranquila y conforme de que me encontraba bien, fue a descansar a casa después de haber pasado todo el día y la noche anterior acompañándome. Lo primero que sentía en esa soledad inmensa era vergüenza por lo que había hecho. Jamás pensé en las consecuencias que provocaría el desaparecer de este mundo, dejando a mi madre sola y desamparada. Era lo único que ella tenía en esta vida, tan dolorosa y sacrificada que le ha resultado, y la pena por mi partida sin duda terminaría por adelantar sus últimos días, gracias a la pena que todo lo devora cuando uno se encuentra destrozado y desolado. No lloré, pero mi garganta se tornó tan apretada como nudo de la soga de un barco. Y entonces me acordé de Sofía, de su estado y de lo mucho que había deseado verla. ¿Se encontrará mejor? ¿Habrá despertado ya de su sueño eterno? Sentí unas ganas enardecidas de querer comprobarlo. Necesitaba hacerlo de una vez por todas, verla una última vez, quizás sin que ella lo notara, para pedirle perdón, despedirme y desaparecer de su vida.

Y lo haría, puesto que ese fue el plan después de todo.

¿Crearás que soy un estúpido? Pues estás en todo el derecho de pensarlo, pero fue la única opción que pensé en ese momento de dolor. El tomar pastillas para poder llegar al hospital y tener la posibilidad de verla fue sin duda demasiado arriesgado. Antes de ingerirlas me dediqué a buscar por internet la dosis letal del medicamento en sobredosis. La que yo me auto-administré era suficiente para mandarme al hospital, al menos eso deduje de la literatura, aunque también podía haberme enviado directo a la muerte. Era un riesgo que decidí tomar, y lo que más lamento es el no haber pensado en mi madre al hacerlo.

Pues ahí estaba, en el lugar que planifiqué. Sólo quedaba ejecutar.

Me levanté, desconectando la vía venosa que se encontraba en mi mano derecha. Una hilera de sangre comenzó a dibujarse en el piso mientras mis piernas intentaban, con fuerza disminuida, caminar hacia la chica de mis sueños. Me escabullí por un lado del mesón de la estación de enfermería con la cabeza agacha para no ser visto, y ya con mayor agilidad en mis extremidades pasé raudamente hacia el fondo del pasillo, donde había visualizado las escaleras a lo lejos. Las subí con dificultad, y casi al llegar al piso superior noté el letrero que apuntaba hacia la derecha con la leyenda "UCI". Ese era el lugar donde ella se encontraba.

Agotado, intenté llegar a la puerta, pero ésta se encontraba con un teclado digital para ingresar una clave. Hasta ahí había llegado mi travesía. Nuevamente no lograría verla, y jamás tendría una oportunidad como esa.

Entonces vi un carro de metal con el que transportan la ropa limpia del servicio, que se encontraba abandonado a un costado de la mampara que daba a la Unidad de Cuidados Intensivos. Era la única chance que me quedaba, y sin pensarlo dos veces me metí en medio de él, cubriéndome con las cortinas que tapaban los costados.

Pasaron unos cinco minutos cuando escuché a alguien acercarse al carro. Levantó una de las cortinas y arrojó una camisa de paciente sin siquiera echar un vistazo donde caería, y reinició la marcha. Entró en el servicio, avanzó por todo un pasillo y volvió a detenerse. Miré por una ranura pequeña que dejaba la cortina respecto a uno de los paneles del carro, y nadie milagrosamente se veía circulando por ese lugar.

Salí del carro arrastrándome cual soldado en punta y codo, y me escondí detrás de otro carro de plástico con múltiples cajones y lo que parecía ser un monitor encima de él. Según lo que a ratos me contaba mi madre, que se dedicaba a cuidar pacientes durante las noches en distintos servicios del hospital, las camas de la unidad de cuidados intensivos eran individuales, y formaban un cuadrado alrededor de la estación de enfermería. Dio la gran casualidad que a mis espaldas estaba una de las habitaciones, en donde había un paciente durmiendo, iluminado por una luz en su cabecera. Miré hacia un costado de la cama en donde había una vara de metal con una bolsa grande y transparente colgando desde su extremo superior, la que iba conectada a un dispositivo especial (posiblemente solución intravenosa deduje). Tenía una etiqueta pegada en el medio, y sentí una palpitación especial cuando noté que decía "Sofía Veloso" escrito con plumón indeleble. Entré de inmediato a la habitación y me ubiqué a su lado. Ahí se encontraba, con su cabello ausente y una gran cicatriz en la parte superior del cráneo. Maldición, no se merecía todo

esto. Ni mucho menos perder esa tan hermosa cabellera que tenía. Lo que también noté fue que se encontraba sin apoyo de una máquina para poder respirar. Supuse que estaba evolucionando satisfactoriamente.

Consciente del poco tiempo que tenía antes de que me descubrieran tomé su mano, que se encontraba fría y sudorosa, la besé reiteradas veces y comencé a susurrarle al oído lo último que escucharía de mi boca en su vida.

— Sofía, se que todo esto es culpa mía. Tanto tiempo pasé anhelando que nuestros caminos se cruzaran, y cuando lo hacen terminas aquí postrada, con una gran cicatriz en tu cabeza y luchando por tu vida. Me hago completamente responsable por lo que te pasó, y lamento que haya sucedido así, mas mi único objetivo fue buscarte de una vez por todas para intentar entregarte el amor que por tantos años he tenido hacia ti, y que había guardado de forma silenciosa en mi interior. Pero ya comprendí que nuestros caminos no se deben cruzar, pues si lo hacen, pasan estas cosas que arriesgan tu hermosa existencia. Adiós preciosa mía, soñé con amarte por toda la eternidad, pero he comprobado que el amor no le hace justicia a los buenos corazones, y creo que jamás será justo con el mío. Que te recuperes, y puedas volver a tener una vida plena con quien quiera que estés. Te—

Se encendió la luz de la habitación, y al darme vuelta noté al enfermero parado en la puerta, con cara de sorpresa.

— ¡Que carajos haces tú acá! —dijo con tono amenazante.

No tuve mas alternativa que rendirme, y me puse de pie, contemplando por última vez a mi querida Sofía. Continuaba durmiendo.

Me ubicaron en una silla de ruedas y comprobaron mi brazalete de identificación. Buscaron mis datos en el sistema y dieron con la información de que me encontraba hospitalizado en el servicio de cuidados intermedios. Con la cabeza agacha, sumido en la tristeza y aprobando cualquier reproche que el personal me arrojaba, fui llevado por el pasillo hacia la salida. Pero fue justo cuando estaba a punto de cruzar la mampara con un grado enorme de desilusión, que una auxiliar paramédico grita desde el otro extremo de la unidad.

— ¡Esperen! ¡Es ella, ha despertado!

Levante de inmediato la cabeza y la gire en aquella dirección. La mujer autora del grito se fue acercando a nosotros a paso rápido.

— Ha dicho su nombre joven. Nicolás.

Una sonrisa nostálgica abundó en mi interior, y en el exterior una aún más grande se esbozó.

— Señor enfermero, le ruego me lleve donde ella. Por favor —Le supliqué juntando las manos.

Después de meditarlo unos segundos y mirar al resto del personal, que comenzó de imprevisto a sonreír, respondió:

— De acuerdo. Sólo un minuto mi amigo. Después volverá a su habitación.

Me llevaron de regreso donde ella, y ahí vi sus ojos, a medio abrir pero igual de relucientes que siempre. Sonrió sutilmente al verme cerca. Comencé a sentir formarse un nudo en mi garganta.

— Gracias a Dios que estás bien Sofía. Siento haberte despertado. Necesitaba saber como estabas.

Una lagrima inició su descenso por el rabillo de su ojo, y con mucha dificultad esbozó las únicas palabras que le escuché en ese momento antes de volverse a dormir. Fueron suficientes para rescatarme del abismo de la decepción y la penumbra.

— Gracias, niño tomate... Gracias por despertarme y darme antojos de pizza.

Me llevaron nuevamente en la silla de ruedas hacia la UTI. Sonreía, y no dejaría de hacerlo por toda la vida. El auxiliar de servicio que me llevaba palmoteó mi hombro dos veces.

— Vaya escena la que vi ahí amigo. ¿Es tu novia?

— No —le respondí—. Pero lo será. Se lo aseguro.

FIN